

ELVIRA JIMÉNEZ HEREDIA Misionera



Su primer amor en Guinea Ecuatorial se llama Kobo, un lugar aislado por el estuario del Muni. Kobo, el destino ideal para Elvira, el temido y rechazado por la mayoría. Como ilustración, la mosca tsetsé, transmisora de la enfermedad del sueño, campa a sus anchas en el lugar. Fue su primer destino como misionera en África, donde ha estado 17 años de su vida. La entrevista se alarga muchas horas y, aún así, ojalá el tiempo se multiplicara para escuchar las vivencias y los sentimientos de una religiosa blanca y gitana inmersa en una cultura negra y, para muchos, desconocida. Su mentalidad es abierta y comprensiva. Sus palabras, realistas; sin tapujos, llama a las cosas por su nombre. Su espiritualidad y su rico mundo interior, evidentes.

Ser gitana me ha influido
mucho en mi labor
de misionera
en Guinea Ecuatorial

"Estuve tres años en los que trabajaba en la pastoral y en la parroquia formando a los catequistas, es decir, aquellas personas que como sacerdotes transmiten la fe a un poblado. También impartía a diario clases de religión en el colegio y de labor a las mujeres. Luego regresé a Parque Alcosa y posteriormente a Sevilla para preparar los votos perpetuos."

Elvira pertenece a la Congregación de las Hermanas del Ángel de la Guarda, fundada por el francés Luis Antonio Ormier. Exigen formación a todas sus hermanas y, de hecho, los puestos corresponden a la titulación y a la preparación de cada una. "Me quedé huérfana de padre cuando era pequeña y mi madre, tras muchos años de lucha, acabó en una portería. Estudie hasta los 14 años y a los 16 me coloqué en el colegio del Santo Ángel donde limpiaba de nueve a seis de la tarde. Luego estudiaba en el nocturno hasta las diez de la noche y, finalmente, saqué 3º y 4º de Bachillerato. Además, el fin de semana daba catequesis en un barrio muy pobre de Jerez de la Frontera. Con 17 años descubrí mi vocación y, como era una congregación de enseñanza, no podía descuidar la formación."

No oyó una voz, pero sintió la llamada hacia la entrega y la solidaridad ante tanta necesidad. Su opción fue vivir su religiosidad en comunidad. "A los 20 pedí estar en las zonas más marginadas y comenté que me gustaría estar en las misiones. Por circunstancias familiares no me incorporé a la Orden hasta los 24 años. Realicé dos años de postulante y dos de noviciado. Me dijeron que no podía quedarme con un graduado escolar, que tenía que seguir, aunque fuera una Formación Profesional." Así que, finalmente, siempre con su objetivo puesto en las misiones, optó por la rama de enfermería, un año de puericultura y el Curso de Catequética que le permitiría dar clase de religión en diversos colegios.

El 29 de septiembre de 1986 confirmó en España sus votos perpetuos de pobreza, obediencia y castidad. A partir de ahí, comenzó su segundo peregrinaje a África. "Quería ir a este continente porque era lo que conocía y donde sentía que había más pobreza. Tras un año en Kobo me destinaron a nuestro colegio privado en Bata, la capital. Era la encargada de la pastoral del colegio y de la Escuela de la mujer. En ella les ofrecemos cultura general, mecanografía, contabilidad, puericultura, higiene, labores, corte y confección... Tras ocho años, ya con su diploma, pueden acceder al mundo laboral. A pesar de ser un nivel mínimo, sacan su sueldo." Según Elvira, el trabajo es precioso, no sólo por la cultura, sino por la mentalidad que va adoptando la mujer. A su satisfacción personal se une el comprobar cómo progresan y salen adelante. "Antes no las ayudaban como personas. Ahora se dedican a su arreglo personal, comen con sus maridos y no solas en la cocina, discuten con ellos las cuestiones relativas a los hijos... El hombre dispone de muchos centros porque hay más apoyo por parte de las tribus para que se cultiven. La mujer tiene menos oportunidades." Estas opciones las reciben las 700 alumnas del colegio, lo que supone un salto cualitativo respecto a aquellas clases, que ya son historia, debajo de un árbol o en un almacén. "Sólo van niñas. Cuando llegamos y vimos en qué situación se encontraba la mujer, nuestro fin fue formarlas. Estamos notando cómo influye en los matrimonios jóvenes porque la escolarización se inicia a los tres años y no a los doce. La educación tiene el papel de hacer personas, dar cultura, enseñar y preparar a individuos maduros para dar repuestas maduras a todas las necesidades que hay en el mundo."

A pesar de la dureza de la distancia para ambas partes, su familia le ha mostrado todo su apoyo. Elvira no ha sido criada en las "costumbres ancestrales", lo que no impide que se sienta gitana. "Pertenezco a un pueblo que llevo en la sangre y, quieras o no, te aflora." Aunque el tiempo ha pasado, aún recuerda la discriminación que sintió siendo joven. "De niña tenía complejo porque en el colegio había mucho racismo, pero ahora lo llevo a gala y lo digo con orgullo porque así lo siento. Cuando descubrí que mi raza era buena y que teníamos cantidad de valores empecé a quererme y, entonces, comencé a querer al otro. Si no llego a la aceptación de lo que soy nunca llegaré a ser persona. Soy gitana y misionera, todo va unido. Mi madre me ha inculcado el respeto a los mayores, ser educada, no decir palabrotas, comportarte en una mesa... No debería cambiarse nunca ni ese respeto, ni el que uno se debe a sí mismo."

Su vivencia como gitana le ha permitido hacer un paralelismo con la cultura guineana en cuestiones como la consideración a los ancianos, el cuidado del hombre o la situación de la mujer. Además, le ha aportado un trato igualitario con los demás. "No quiero que hagan con el pueblo guineano lo que he visto con los míos. Creo que ser gitana me ha ayudado mucho a integrarme. Jamás me he sentido superior porque nunca me he situado como *la blanca* que iba a solucionar los problemas, sino que iba para compartir, enseñar, aprender y quererlos con toda mi alma. De hecho, nunca me he sentido discriminada entre ellos, pero sí por personas con un cargo político."

Su tiempo en Guinea le ha servido para relativizar muchos aspectos y para ser más comprensiva a la hora de hablar y afirmarse. "Me afecta a la hora de sentir y vivir la solidaridad y la pobreza. Soy distinta a la hora de comer e incapaz de tirar nada por toda el hambre y la muerte que he visto por desnutrición. Me he sublevado por dentro y por fuera ante la injusticia y la desigualdad. He denunciado y, al igual que otros religiosos que no han callado y se han implicado, he estado amenazada. Me he rebelado ante los países que están sacando tajada." A nivel espiritual, la oportunidad de compartir dos décadas de su vida con un pueblo guineano le ha descubierto un Dios más humano y cercano. "Son muy hospitalarios, generosos aunque no tengan, tienen una enorme capacidad de sufrimiento y abnegación, no gritan, son educados, alegres, respetan a la autoridad... A veces nos han tachado de ir a las misiones con la Biblia para hablar sólo de Dios. Nuestra labor es denunciar situaciones injustas, vivir a su lado y trabajar para que mejore su vida. No puedes hablar de Dios a un pueblo que pasa hambre. Tenemos que vivir cerca de la gente, compartir su realidad desde la propia identidad. Si vives y penas con él, también ven a Dios, no con palabras, sino con hechos. No quiero tanto dar testimonio, quiero ser testigo."

A pesar de la necesidad o de las persecuciones y encarcelamientos injustos que han vivido, los recuerdos y las experiencias de felicidad con su otro pueblo las lleva tatuadas por dentro y por fuera. Y desde lo más profundo, a pesar de la dureza de la vida y la realidad, afirma que en el hombre, además de las mismas necesidades, hay más de bondad que de maldad. Más de Dios que de diablo.

El 10 de septiembre de 1950 nació, en Jerez de la Frontera, Elvira Jiménez Heredia. Esta misionera a la que le gusta la música, escribir y la poesía fue, durante un tiempo, cantante de zarzuela en una coral.